



I Pedro Arrupe: su espiritualidad y mística

Darío Mollá

¿Qué nos dice y qué nos aporta hoy el talante espiritual y la experiencia mística de Pedro Arrupe? ¿Qué es lo que la personalidad espiritual del P. Arrupe y sus aportaciones fundamentales de reinterpretación del carisma ignaciano nos sugieren, cuestionan y estimulan a quienes hoy vivimos ese carisma como nuestra forma concreta de seguimiento de Jesús?

1. ¿Qué es ser una “persona espiritual”?

El contacto profundo con la experiencia de una persona del carisma personal y de la fuerza espiritual del P. Arrupe, nos cuestiona y nos ilumina, casi como principio y fundamento, sobre aquello que podemos entender por “persona espiritual” y por auténtica espiritualidad, al menos en clave ignaciana.

Muchas veces tenemos una concepción de que para ser persona espiritual basta con dedicar un tiempo cada día, mayor o menor, a la práctica de determinados ejercicios espirituales o de piedad. En tal caso, la persona sería más o menos espiritual en función del tiempo que dedicara a esos ejercicios y del cuidado y la calidad de los mismos. Evidentemente, la práctica y cuidado de unos tiempos de oración, lectura espiritual, u otras actividades semejantes, es necesaria y forma parte del modo de vida de una “persona espiritual”; pero ser una “persona espiritual” al estilo ignaciano, y tal como el P. Arrupe lo vivió, es mucho más que eso.

En él lo “espiritual” no era un tiempo, abundante y cuidado, sino mucho más: una dimensión de fondo, condicionante, motora y matriz del resto de su vida. Su modo de tratar a las personas, de resolver los asuntos de gobierno, de afrontar los problemas de la Compañía, de tomar iniciativas con enorme creatividad, nacían y encontraban su forma concreta a partir de su experiencia espiritual. Y esa experiencia espiritual resultaba enriquecida a partir de los desafíos y cuestionamientos de la vida. Lo espiritual, no como tiempo, sino como dimensión clave. Y lo espiritual iluminado y enriquecido también por las experiencias de la vida.

Darío Mollá

*Entendida como
dimensión de fondo, la
experiencia espiritual
ejerce una enorme
fuerza integradora de
los diversos aspectos
de la vida.*

Nos encontramos con la puesta en práctica del famoso círculo acción-contemplación del P. Jerónimo Nadal: *“este es el círculo que yo suelo decir hay en los ministerios de la Compañía: por lo que vos hicisteis con los prójimos y servisteis en ello a Dios, os ayuda más en casa en la oración y en las ocupaciones que tenéis para vos; y esa ayuda mayor os hace que después con mayor ánimo y con más provecho os ocupéis del prójimo”*¹.

El profundo diálogo entre experiencia espiritual y desafíos de la vida de Pedro Arrupe, al ser tan profunda su experiencia espiritual y tan rica su experiencia de la vida, hizo posible esa relectura viva del carisma ignaciano que es, en palabras de Ignacio Iglesias, *“uno de los mayores servicios de Pedro Arrupe... del que no se podrá prescindir en el futuro, en un largo futuro”*².

Entendida como dimensión, y como dimensión de fondo, la experiencia espiritual ejerce una enorme fuerza integradora de los diversos aspectos de la vida. Integrar no es simplemente sumar o añadir; integrar es poner en una misma dirección, tendiendo hacia un mismo horizonte, convergiendo en un mismo estilo, todo el conjunto de actividades y tareas de la vida. Si lo “espiritual” es sólo un tiempo, es un tiempo más añadido a otros tiempos, que forman un conjunto agregado pero no integrado. Sólo si lo “espiritual” es una dimensión, y una dimensión básica, habrá integración.

Una integración de la que el P. Arrupe es modelo y guía. Tomo ahora unas lúcidas palabras de José A. García: *“crece de día en día la figura de un Arrupe profundamente unificado cuyo eje central es el Dios encarnado, Jesucristo, y su proyecto sobre el mundo. Ningún misterio tan central para él como la encarnación, tal como la contempla san Ignacio en los Ejercicios. Ningún personaje tan configurador de su vida como Jesucristo: “Quietad de mi vida a Jesús y toda ella se derrumbará como un castillo de naipes”. Ese amor único y unificador era el fuego que alentaba su vida e irradiaba al exterior en una de las personalidades más fascinantes de la Iglesia del siglo XX”*³.

¹ “Inspiración trinitaria del carisma ignaciano”, n. 78: en D. MOLLÁ, *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae. Universidad Comillas, 2015, 80.

² I. IGLESIAS, *Sentir y cumplir. Escritos ignacianos*, Mensajero-Sal Terrae. Universidad Comillas 2013, 233.

³ J. A. GARCÍA, “Prólogo”, en D. MOLLÁ, *op.cit.*, 13.

Pedro Arrupe: su espiritualidad y mística

¿Cuál es el núcleo de esa poderosa experiencia espiritual de Pedro Arrupe? Me atrevo a escoger tres vivencias, sabiendo que dejo fuera otras muchas: Jesús, Iglesia, disponibilidad. Y pretendo a continuación subrayar algo del modo como él las vivió pensando sobre todo en cómo nos pueden interpelar y ayudar a nosotros hoy.

2. Cristo pobre, humilde y crucificado

“Nota esencial del carisma ignaciano, y de claro origen trinitario en la visión de La Storta, es que el seguimiento de Cristo ha de hacerse en humillación y cruz”⁴. Son muchas las observaciones que podríamos hacer sobre la importancia y los acentos de la espiritualidad trinitaria y cristológica del P. Arrupe. Son bien conocidas tanto su conferencia sobre la “Inspiración trinitaria del carisma ignaciano” como la “Invocación a Jesucristo modelo” que figura al final de su conferencia sobre “El modo nuestro de proceder”⁵: la lectura y meditación de ambos escritos nos permite asomarnos y valorar lo que la persona de Jesús significaba para el P. Arrupe. Como él mismo resumió en una sola palabra: “todo”.

En la línea de mi objetivo en esta reflexión quiero fijarme sólo en un aspecto de esa experiencia, aspecto que es para nosotros, a un tiempo, iluminador e interpelador. Es, por cierto, un aspecto fundamental, tanto en el P. Arrupe como en san Ignacio: la contemplación de un Jesús pobre, humilde y crucificado, que conlleva un seguimiento de Jesús en pobreza, humildad y cruz⁶.

Recoge con ello el P. Arrupe un dato básico de la vivencia y el legado espiritual de san Ignacio. Recordemos solo que en la determinante visión de La Storta es “Cristo con la cruz al hombro” quien dice a Ignacio “Yo quiero que tú nos sirvas”⁷. Y en los Ejercicios la asociación de la pobreza, la humildad y la cruz con Cristo es constante. Ya en el primer ejercicio de Primera Semana el ejercitante colloquia con “Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz” [Ej 53]. La llamada del Rey eternal incluye seguirle “en la pena” [Ej 95] y la respuesta de quien hace la oblación de mayor estima y momento habla de “imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza” [Ej 98]. En el

⁴ P. ARRUPPE, “Inspiración trinitaria del carisma ignaciano”, n. 73.

⁵ P. ARRUPPE, “El modo nuestro de proceder”, n. 56.

⁶ En el “Índice de conceptos” de D. MOLLÁ, *op.cit.*, vemos que “seguimiento de Jesús” se vincula con “pobreza” en 17 ocasiones, con “humildad” en 12 y con “cruz” en 9 ocasiones.

⁷ Según el relato que hace Laínez de esa visión, a partir del testimonio de Ignacio: D. LAÍNEZ, *Adhortationes in Examen* (1599) [7], MHSI, *Fontes narrativi* II, 133.

Darío Mollá

nacimiento de Jesús, Ignacio recuerda que el Señor nació “*en suma pobreza y, a cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz*” [Ej 116]. En el momento decisivo de la elección, resuena el sermón de Cristo Nuestro Señor que habla de “... *pobreza contra riqueza..., oprobio o menosprecio contra el honor mundano... humildad contra la soberbia...*” [Ej 146]; y la tercera manera de humildad es la que elige “*más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y... ser más estimado por vano y loco por Cristo... que sabio ni prudente en este mundo*” [Ej 167].

La interpelación que yo mismo he sentido leyendo y meditando los escritos del P. Arrupe y su ignaciana vivencia de Cristo como el Cristo pobre, humilde y crucificado de los Ejercicios es si ésta es también mi contemplación de Cristo, y, como fruto de ella, el Cristo que ilumina mi seguimiento. Planteado en lenguaje de Ejercicios, si mi coloquio es coloquio con Cristo crucificado, o por el contrario, nunca, o solo en momentos muy excepcionales, me pongo cara a cara con el Crucificado. Si mi Cristo es el Cristo pobre, humilde y crucificado de Ignacio de Loyola y de Arrupe o no.

96

Y el que sea así ¿tiene alguna importancia? ¿tiene algún significado o consecuencia en nuestra vida práctica y concreta? Sinceramente, pienso que mucha. Lo indico brevemente en tres apuntes:

1) Si mi contemplación cotidiana y habitual de la persona de Jesús pasa de largo u olvida al Crucificado y se detiene solo en otros momentos, también importantes en la vida de Jesús, como son sus milagros, sus discursos y parábolas, su vida cotidiana antes de la Pasión y la Cruz, estoy soslayando de alguna manera toda la dimensión de entrega, de entrega total y hasta la muerte que tiene la vida de Jesús. Entrega que es la dimensión y aspiración última del seguimiento del Señor. Y estoy abriendo paso, de un modo posiblemente inconsciente e involuntario, a un seguimiento débil, que no soportará las contradicciones de todo tipo, los fracasos, las humillaciones y la cruz. Abriendo paso a un seguimiento incluso magnánimo, lleno de buena voluntad y de buenas intenciones, que se sostendrá en el “éxito” (entendamos éste en el sentido que sea), pero que no soportará el fracaso.

2) Si nunca me encuentro cara a cara con el Crucificado, si mi oración y mi contemplación no se hace nunca, o solo excepcionalmente, al pie de la cruz, si no hago mía esa mirada al Crucificado que no es fácil pero que es necesaria, puede suceder que cuando yo efectivamente, y por las diversas circunstancias de la vida, me sienta dolorido,

Pedro Arrupe: su spiritualidad y mística

humillado, empobrecido, víctima de cualquier forma de injusticia, despojado de mi dignidad o de mis fuerzas o de mis derechos, no sea capaz de percibir que Jesús pasó antes por ahí, y pasó por ahí también para que yo pudiera sentirle cercano en mi cruz. Sucederá entonces que justamente cuando sentimos la necesidad de tenerla cerca, nos parecerá lejano.

3) Si nunca me paro a mirar al Cristo pobre y humilde, no será fácil que descubra el rostro de Cristo en los pobres, los humillados, los explotados y los crucificados de nuestro mundo. Si Cristo es siempre para mí el Cristo luminoso y amable de la mayoría de las estampas, me será imposible reconocerle en rostros desencajados por el dolor, la marginación o la exclusión. Y, evidentemente, mis actitudes y mi forma de tratar a estas personas van a ser radicalmente diversas si en ellas descubro la mirada de Cristo o si no lo hago. Si no la descubro, podré ser incluso humanitario y altruista, como tantas personas bien nacidas y profundamente humanas que se conmueven de verdad ante los sufrimientos de los pobres. Pero si en los pobres descubro el rostro de Cristo Crucificado hay un más allá de eso: sentiré que los sufrimientos de esas personas son los de mi Cristo y los míos, que toda mi vida y todas las dimensiones de mi vida quedan afectadas por ellos y que la lucha por la justicia no es simplemente una opción, ni siquiera la opción preferencial, sino el ser o no ser de mi seguimiento de Jesús.

*Si en los pobres
descubro el rostro de
Cristo Crucificado,
sentiré que los
sufrimientos de esas
personas son los de mi
Cristo y los míos.*

97

3. Amor profundo a la “vera esposa de Cristo”

“El principio ignaciano del ‘sentir con la Iglesia’ entraña un amor profundo a la ‘vera esposa de Cristo’ y se manifiesta principalmente en la fidelidad al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo... Para Ignacio, la Iglesia jerárquica es Madre nuestra, esposa de Cristo, el amor la vivifica. No es una institución fría, sino una madre providente”⁸.

El segundo aspecto que quiero destacar de la personalidad espiritual del P. Arrupe es su amor a la Iglesia. Y también su amor a la persona del Sumo Pontífice, del Vicario de Cristo. Al igual que en San Ignacio, predominan en él los términos de relación afectiva cuando habla de la Iglesia: madre,

⁸ P. ARRUPPE, “La misión apostólica, clave del carisma ignaciano”, n. 81.

Darío Mollá

esposa de Cristo... El amor a la Iglesia es consecuencia inseparable del amor personal a Cristo. Ignacio Iglesias habla de un “*amor maduro, alma de una obediencia responsable, incluso en ocasiones no infrecuentes de tensión. Verdadera devoción, en el sentido más pleno, a las personas que en uno y otro tiempo representaron a Jesucristo como Siervos de los siervos de Dios*”⁹. Nunca las palabras del P. Arrupe sobre el amor o el servicio a la Iglesia suenan como palabras de oficio y siempre son palabras nacidas del corazón. Solo la comprensión de ese amor nos puede dar la medida también de la intensidad de su dolor en las situaciones de dificultad o tensión con la Santa Sede.

En su conferencia “*El modo nuestro de proceder*” describe las formas concretas que adopta el amor a la Iglesia:

- Es un amor hecho de apertura y respeto profundo hacia todo creyente, hacia su fe.
- Amor que se traduce en “*tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo*” [Ej 353] a los legítimos pastores.
- Amor que es apoyo al esfuerzo de los cultivadores de las ciencias sagradas... y, en otro nivel, amor que se hace catequesis cercana a cualquiera y con cualquiera.
- Amor que hace vivir, sentir y sufrir los problemas y limitaciones de la Iglesia como propios¹⁰.

Este amor es el alma y el fin de las “*Reglas para sentir con la Iglesia*” [Ej 352-370] que pretenden ayudar a vivir en el amor a la Iglesia concreta y con las dificultades que todo amor concreto ha de afrontar.

De nuevo, la profunda experiencia espiritual de Pedro Arrupe es una experiencia profética para quienes nos acercamos a ella. Comparto algunas de las interpelaciones que yo mismo he experimentado:

1) La primera tiene que ver con la misma naturaleza de nuestra relación con la Iglesia y unida a ella, de nuestra relación con el Vicario de Cristo. La fuerza de lo afectivo en esa relación me ha impactado porque va mucho más allá de una relación que podríamos llamar “obligada”, de obediencia debida, de respeto (aunque sea un respeto interior y auténtico), de oficio. Me atrevería a decir que lo “institucional”, de tanto peso para nosotros, queda en él en un segundo plano, palidece ante la fuerza de esa relación afectiva. La fuerza afectiva de esa vivencia eclesial de Arrupe explica tantas palabras, tantos gestos, tantas actitudes, tantos sufrimientos, que sin ella no acabamos de entender. Y es

⁹ I. IGLESIAS, *Sentir y cumplir. Escritos ignacianos*, 419.

¹⁰ P. ARRUPE, “*El modo nuestro de proceder*”, n. 51.

Pedro Arrupe: su espiritualidad y mística

esa profunda vivencia de amor a la Iglesia la que él intenta contagiar a sus hermanos jesuitas en todos sus escritos, discursos y conversaciones privadas.

2) Este es el contexto que posibilita, asimismo, la adecuada interpretación de las “Reglas para sentir con la Iglesia”, que son Reglas de discernimiento para amar a la Iglesia concreta y real en el tiempo y con las dificultades concretas que presenta. Creo que estas “Reglas”, leídas e interpretadas a la luz del P. Arrupe no son, como podríamos decir en un acercamiento superficial, unas reglas para la obediencia, para el mero cumplimiento, sino que son unas reglas para el amor. Para el amor a una Iglesia que siempre, en tiempos de San Ignacio y en cualquier tiempo, pasa por dificultades externas y también por dificultades internas. No olvidemos que el mismo texto ignaciano habla de una Iglesia con defectos y conductas inadecuadas, con diversidad de opiniones en temas teológicos, con personalismos y protagonismos inadecuados. El P. Arrupe, en su conferencia “*Servir sólo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra*”, al hablar de estas Reglas no se dedica a hacer una exégesis literal de las mismas, sino que capta su sentido de fondo y las aplica a las tendencias eclesiales de su tiempo, muchas de las cuales siguen vigentes¹¹. No son, pues, unas Reglas para sustituir o paliar el amor a la Iglesia (como en ocasiones se han malentendido y mal interpretado), sino, por el contrario, unas reglas para profundizar y concretar el amor a la Iglesia concreta en la que vivimos.

3) La tercera interpelación tiene que ver con unas palabras del P. Arrupe que dicen así: “*amor que hace vivir, sentir y sufrir los problemas y limitaciones de la Iglesia como propios, ejerciendo con la libertad y humildad de hijos de Dios el caritativo servicio de una crítica “que edifica” y es, fundamentalmente, autocrítica*”¹². Y la pregunta es por el desequilibrio y la desigualdad que existen en nosotros entre las críticas hacia fuera, hacia personas, instituciones o grupos de la Iglesia y la propia autocrítica de nuestras personas e instituciones. Es bastante común por desgracia, tanto a órdenes y congregaciones más antiguas, como a movimientos más modernos, el pensarnos como miembros o participantes en instituciones perfectas dentro de una iglesia imperfecta, con todo lo que ello conlleva de ceguera y de soberbia. De ceguera

¹¹ P. ARRUPE, “*Servir solo al Señor y a la Iglesia su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra*”. Lo referido a las Reglas para sentir con la Iglesia se encuentra, particularmente, en los nn. 45 a 58 de dicha conferencia; en D. MOLLÁ, *op.cit.*, 139-174.

¹² P. ARRUPE, “*El modo nuestro de proceder*”, n. 51.

Darío Mollá

para captar lo que otros aportan y enriquecen a la Iglesia, y nos aportarían a nosotros mismos si estuviéramos abiertos a recibir. Y de soberbia, ciega a las deficiencias con las que también nosotros hacemos daño a la Iglesia.

4. En plena disponibilidad interior y exterior

“La total disponibilidad del jesuita, no solo respecto a su superior en una relación de obediencia y de receptibilidad de la misión, sino también hacia los hermanos, se basa en ese ideal supremo trinitario por el que las personas divinas se comunican plenamente, se aceptan plenamente, se enriquecen plenamente”¹³.

La tercera palabra que he escogido para hablar de la espiritualidad y mística del P. Arrupe es “disponibilidad”. Es muy posible que a algunos lectores sorprenda esta elección: parece una palabra menor, muy menor, ante esas grandes palabras que son Cristo e Iglesia. Sin embargo, para el P. Arrupe no era una palabra menor, sino, como indica el texto que acabamos de citar, muy ligada a la experiencia fundante de la Trinidad, y a Cristo, el Disponible, siempre y enteramente disponible, al designio redentor de la Trinidad sobre el mundo. De, hecho, su carta *“Sobre la disponibilidad”* de 1977 es otra de sus grandes aportaciones a la reinterpretación del carisma ignaciano.

Esa honda disponibilidad, antes interior que exterior, es la que convirtió a San Ignacio en el “Peregrino”, y la que animó el alma del Pedro Arrupe a buscar incansablemente nuevos caminos para la Compañía en fidelidad a la llamada de retorno a las fuentes y de renovación que hizo el Concilio Vaticano II. La disponibilidad es, pues, un movimiento muy hondo de entrega a la voluntad del Padre, en comunión con el Hijo, y animada por el Espíritu, para llevar adelante en cada momento y circunstancia el plan salvador de Dios.

Hablar de disponibilidad evoca uno de los verbos más significativos de san Ignacio en los Ejercicios al hablar del discernimiento: el verbo “moverse”. ¿Qué es lo que me mueve? ¿Quién y hacia dónde me mueve? Seguramente en los Ejercicios, en el contexto de la elección, encontramos una de las mejores definiciones de la disponibilidad ignaciana y arrupiana, centrada en el verbo “mover”: “... *Pedir a Dios Nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer...*”

¹³ P. ARRUPÉ, “*Inspiración trinitaria del carisma ignaciano*”, n. 88.

Pedro Arrupe: su espiritualidad y mística

que más su alabanza y gloria sea; discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme a su santísima y beneplácita voluntad” [Ej 180].

¿Qué “movimientos” impulsa esa disponibilidad que anima al Padre Arrupe? ¿Hacia dónde nos mueve? Creo que en el sentido y la dirección de esos movimientos podemos encontrar también signos de discernimiento de una espiritualidad auténticamente evangélica e ignaciana. Porque la espiritualidad auténtica pone en movimiento, desinstala, no nos permite quedarnos en el mismo sitio para siempre o dar por concluida en ningún momento la historia de nuestra maduración en el seguimiento de Jesús.

He escogido tres verbos inequívocamente ignacianos para definir el movimiento que provoca la disponibilidad a la que nos invita el P. Arrupe:

1) La disponibilidad nos mueve a *salir*: a salir de nosotros mismos, antes que nada, salir de nuestro “*propio amor, querer e interés*” [Ej 189], y a salir también de nuestros pequeños mundos, de nuestros círculos cerrados y protegidos, de nuestros particulares modos de ver las cosas, de nuestros prejuicios, de nuestras historias pasadas, de nuestros egoísmos colectivos... para dejar espacio en el corazón a Dios y lugar en nuestras vidas concretas y cotidianas a los hermanos. Ese salir que va unido a otra gran palabra ignaciana: abnegación. No cabe una auténtica espiritualidad que no nos descentre de nosotros mismos y no abra nuestras vidas al encuentro con nuestros hermanos.

2) La disponibilidad nos mueve también a *buscar*: otra gran palabra ignaciana; como dicen los Ejercicios “*a buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida*” [Ej 1]. A buscar constantemente los nuevos caminos que el Señor abre ante nosotros, tanto para encontrarnos con Él, como para encontrarnos con las nuevas necesidades de nuestros hermanos que nos piden nuevas respuestas. No cabe una auténtica espiritualidad cuya mirada esté sólo vuelta hacia el pasado, hacia lo de siempre porque es eso lo que nos da seguridad. Es la famosa llamada del P. Arrupe a no dar respuestas de ayer a los problemas de hoy.

3) Finalmente, la disponibilidad nos mueve a *servir*: a ponernos a los pies de nuestros hermanos, a ponernos al servicio de aquellos que en nuestro mundo están en los lugares y en las situaciones por las que nuestros pies no suelen pisar, a buscar siempre el mayor y el mejor servicio, ese *magis* ignaciano que no es el “más” orgulloso y competitivo de este

La espiritualidad auténtica desinstala y no nos permite dar por concluida la historia de nuestra maduración en el seguimiento de Jesús.

Darío Mollá

mundo, sino el “*imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor*” de la tercera manera de humildad [Ej 167]. No cabe una auténtica espiritualidad si, al final, no nos deja al lado de Cristo a los pies de nuestros hermanos.

Quiero acabar con unas palabras del P. Arrupe que no he podido olvidar desde que las leí. Como una pregunta para el examen de cada día y para el seguimiento de cada día. Se las dijo a sus hermanos jesuitas al comenzar la decisiva Congregación General 32, que él convocó, presidió y animó, y que le ocasionó muchos sufrimientos, congregación que definió la misión actual de la Compañía de Jesús como el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Son éstas:

“Es mucha verdad que los problemas nos desbordan y que no lo podemos todo. Pero lo poco que podemos ¿lo hacemos todo? Y, sobre todo, ¿lo hacemos de manera que sea respuesta directa a esta formidable llamada del Señor a través del mundo? Esta llamada de Dios es, pues, misión que pide de nosotros una respuesta decidida y creativa, con la decisión y creatividad del pequeño y del humilde... que deja obrar en sí enteramente al poder de Dios”¹⁴.

102

¹⁴ P. ARRUPE, “Instrucción a los jesuitas congregados”, en *Congregación General 32 de la Compañía de Jesús*, Razón y Fe, Madrid 1975, 297.